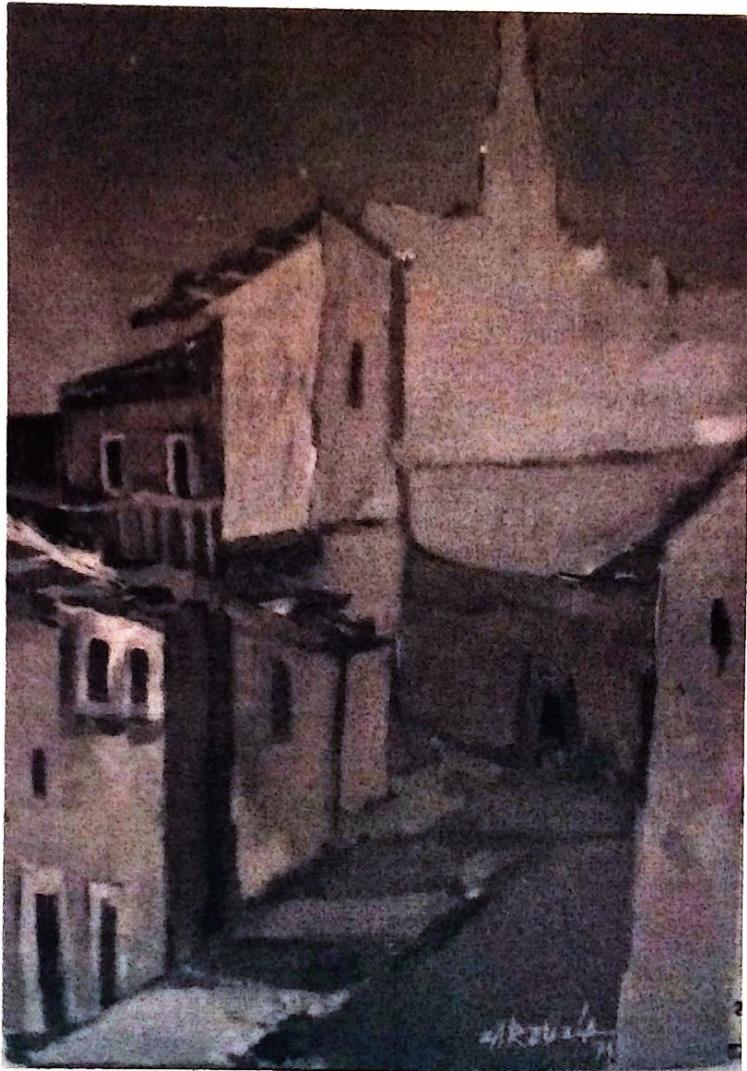




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

Erasmo Zarzuela
"Camino al Faro"
Pintura sobre cartón
60*40 cm



- PEN Bolivia
- Viviana Garrón
- Erika Rivera
- Cormac McCarthy
- Werner Herzog
- Lawrence Maxwell Krauss
- Pedro L. Menéndez
- Alberto Guerra
- Hugo Murillo
- Marcos Beltrán A.

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXVI nº 671 Oruro, domingo 10 de Febrero de 2019



Alejandra Heredia gana Concurso de Narrativa convocado por PEN BOLIVIA



Alejandra Heredia Ochoa, autora de "Sentimentalmente incorrecto" es la ganadora del Premio de Cuentos PEN Bolivia 2018.

La obra contiene dieciséis historias que abordan los vericuetos de la vida adolescente, los conflictos emocionales en relación con sus progenitores y la sociedad en crisis.

El jurado calificador compuesto por los escritores Rosario Barahona Michel, César Verduguez Gómez y Manuel Vargas Severiche, a tiempo de dar a conocer su veredicto expresó que "el texto posibilita que la realidad se introduzca en la ficción, que sus lismes se tornen porosos para que los lectores ingresen en un laberinto de significaciones emotivo-mentales vividos por los personajes".

Los cuentos tienen como principal destinatario al público joven.

El premio para la galardonada consiste en la dotación de material bibliográfico valorado en 500 dólares americanos de parte de "Ende Transmisión" y la impresión del manuscrito por el "Grupo Editorial Kípus", ambas instituciones patrocinadoras del evento.

La Asociación Mundial de Escritores, Poetas y Ensayistas PEN Internacional, filial Bolivia, promotora del concurso, convocó a esta segunda versión nacional con el objetivo de promover a autores nacionales.

En 2016 se llevó a cabo el Concurso Premio Nacional de Poesía, cuyo ganador fue Edmundo Torrejón Jurado con su poemario "Mesones del Alba". El tercer concurso apuntará al género novelístico.

El acto de premiación se llevará a cabo en la ciudad de Cochabamba, el jueves 14 de febrero a horas 10:30, Salón Augusto Céspedes de la Casa de la Cultura.

el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
telfs. 5288600
lurquiza@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende

*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.*



Quirquincho

Te escucho porque tu voz es canto.
Te miro a los ojos
pero tú ya no me ves.
Te admiro y lloro en silencio
aunque ya no percibes mi dolor.

Dorado quirquinchito
tan quieto y callado.
Aquí me tienes
añorándote
porque estás muerto.

Me lacera verde así
convertido en matraca
o charango lastimero,
mientras todos se embelesan
con tu sangre rota.

Sé que extrañas las queñas
la paja brava y la arena
tu hogar desolado
y a tus hermanos.
¡Qué pocos van quedando!

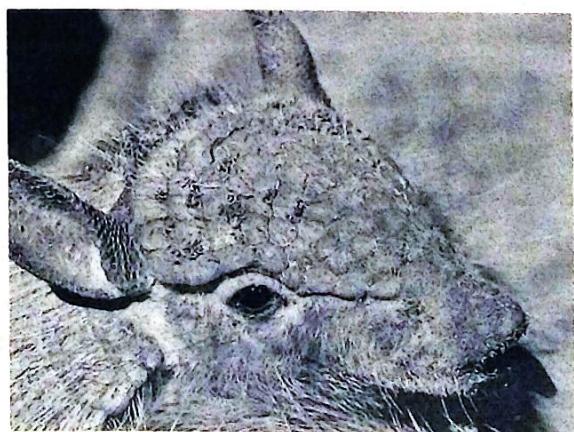
Quirquincho
emblema de mi tierra,
las vicuñas, llamas y alpacas
brincando en la pampa
te están esperando.

¡Basta ya! ¡Que no te extinga
el inhumano!
Vuelve a tu vasto paisaje
de yareta y gélido viento
corre entre las piedras
surca tu camino.

Por ti lucharé
con rabia y sin pausa
por tu semipermanente ser
encontraré mi armadura
me haré coraza
vestiré como tú
hasta transformarme
en armadillo andino
y sentir cuál fuego
la brasa de tu alma.

¡No desaparecerás
vivirás en mi pecho
quirquinchito eterno!

VICUÑA (Viviana Garrón Jaimes)



Aproximaciones literarias de Fátima Lazarte sobre la muerte, el amor y la escritura en María Virginia Estenssoro

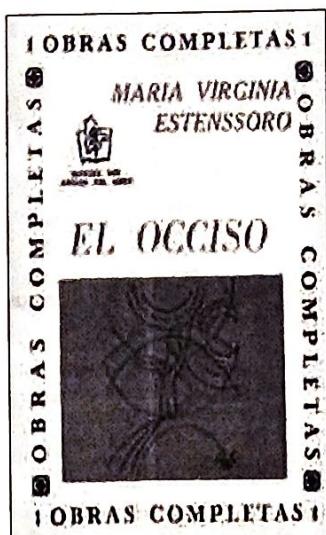
Por Erika J. Rivera (La Paz. Escritora)

Cuando escuché por primera vez hablar de María Virginia Estenssoro, fui a buscar ese nombre en el *Diccionario crítico de novelistas bolivianas*, elaborado por Willy O. Muñoz. Para cualquier detalle que se menciona sobre mujeres literatas, habitualmente se recurre a esta importante obra de consulta, ya que no siempre atribuimos la debida importancia a las creaciones literarias. Entonces me planteé varias preguntas, como por ejemplo si María Virginia Estenssoro fue poeta o narradora de cuentos para no haber sido incluida en el mencionado Diccionario crítico.

De este modo me dirigi a Fátima Lazarte, personalidad de gran sensibilidad artística quien, además de ser una distinguida literata y bailarina de ballet tiene formación filosófica, psicoanalista y es magíster en literatura boliviana y latinoamericana. Tuve el privilegio de entrevistarla en Sucre cuando fue expositora durante el IX Congreso de la Asociación de Estudios Bolivianos. Este año, en su décima versión, las y los investigadores bolivianistas presentarán nuevos estudios y por ello el evento es esperado ansiosamente por el público que desea conocer ampliar conocimientos en ciencias sociales, literatura, música y cine.

Fátima Lazarte supone que la investigación en torno a la literatura femenina es indispensable para conocer la situación actual, los anhelos y reivindicaciones de las mujeres del país, por ello se dedicó a estudiar la obra de María Virginia Estenssoro, sobre todo su novela *El occiso*, publicada en 1937 y que hasta hoy es una obra casi desconocida en la producción literaria boliviana.

Como afirma Lazarte, aquella época estuvo signada por la Guerra del Chaco (1932-1935), es decir por la conciencia de una gran pérdida territorial y por la muerte de más de treinta mil soldados. Ella asevera que este conflicto marcó negativamente la sensibilidad boliviana, colocando a la muerte como un fenómeno cotidiano y omnipresente. Una de las cualidades más notables de *El occiso* es precisamente no referirse directamente al conflicto bélico, pero sí mostrar las consecuencias del mismo sobre la mentalidad boliviana de esa época. Además Estenssoro analiza en su texto la visión femenina acerca de la muerte y las conclusiones sociales que esta tragedia significó para el país. Fátima Lazarte enfatiza que el mérito de Estenssoro es adentrarse a una temática considerada entonces como exterior a las novelas escritas por la corriente literaria realista. Lazarte subraya que Estenssoro tocó una temática que en aquella época estaba vedada a la presunta sensibilidad femenina, y esto correspondería a la biografía misma de la autora, que excedía los límites permitidos por las normas sociales de aquel tiempo. Aquí es imprescindible mencionar que María Virginia Estenssoro analizó asuntos como el aborto, el amor libre y el ejercicio de cualquier profesión como una de las reivindicaciones más justas de la mujer. Recién décadas más tarde estos temas se incorporaron a la realidad intelectual del



país. La investigación de Fátima Lazarte señala que Estenssoro merecería "un sitial en la literatura boliviana", junto a vanguardistas de renombre como Hilda Mundy. Esta es también la opinión de Virginia Ayllón, Ana Rebeca Prada y Eduardo Mitre, que coincidieron en calificar a esta literatura como valiosa. Es una escritura que realiza simultáneamente el dolor y la ironía; reúne una prosa poética con un sentido peculiar del humor. Al mismo tiempo esta literatura femenina nos habla de la muerte como fenómeno siempre presente en la vida.

Lazarte utiliza "una matriz psicoanalítica lacaniana", que estudia las figuraciones de la muerte, bordeándola con palabras significativas: un vacío causante de angustia permanente. La literatura explora entonces temas como el amor, las relaciones sociales y las obligaciones éticas como si fueran fenómenos que embrollan y confunden a los personajes con sus pretensiones morales siempre contradictorias. Según Lazarte *El occiso* está construido con tres fragmentos, que narran el complejo tránsito que se realiza cuando la muerte aparece dentro de cuerpo y cuando la percepción de la misma nos lleva a vislumbrar un nuevo comienzo: la muerte como una parte del génesis y de la creación. Como se ve, este tipo de literatura abarca un sentimiento profundamente religioso, que tiende a justificar la muerte como una parte imprescindible de todos los ciclos vitales. Aquí es importante señalar que la literatura de Estenssoro nos abre a una visión que sobrepasa lo específicamente femenino, desarrollando los aspectos de una sensibilidad profunda, no tocada a menudo por otros autores, que nos muestra la enorme capacidad de sufrimiento, pero también de comprensión global del problema humano que pueden exhibir las protagonistas. Lazarte nos dice a la letra: "La muerte no está

concebida como final sino como una continuidad de la vida". Las construcciones verbales de Estenssoro piensan esta temática como algo situado dentro del propio cuerpo: "Este es el sitio orgánico donde confluyen lo vital y lo mortuorio". Esto nos dice Lazarte para comprender la función del aborto en el cuerpo femenino. El aborto puede ser interpretado como un espacio mediador entre vida y muerte, sin dejar de ser un hecho terriblemente doloroso.

Como se evidencia, estamos ante una temática que el día de hoy aún despierta pasiones encontradas, ya que es un tema tabú no resuelto en la sociedad latinoamericana.

Según Lazarte, la obra de María Virginia Estenssoro es valiosa porque nos muestra las diferentes manifestaciones del amor ("amor maternal, amor pasión, amor sacrificio"), que conforman los tres aspectos de su novela. El más interesante parece ser el acápite dedicado al amor pasión, donde coinciden el anhelo de felicidad, los arquetipos de una relación bien llevada y el deseo clásico de una vida bien lograda. No hay duda, nos dice Lazarte, de que Estenssoro propuso una ética amatoria sustentada por visiones clásicas de la filosofía (*El banquete* de Platón), una ética que al mismo tiempo se alienta de una concepción que establece claramente la emancipación femenina como valor normativo. El hombre amado tiene una apariencia fantasmagórica, es decir a menudo ausente, idealizada y reprobada, una presencia ambigua y ambivalente como son los protagonistas de la literatura contemporánea. Estenssoro tuvo el mérito de adelantarse varias décadas a una de las características centrales de la literatura del presente, que ya no tiene figuras idealizadas, siempre positivas y heroicas. Esta autora se anticipó al existencialismo filosófico y literario al mostrarnos los rasgos deleznables y cambiantes de los personajes principales.

Aquí es importante señalar algunos rasgos biográficos de María Virginia Estenssoro porque estos últimos se reflejan en sus escritos. Estenssoro nació en La Paz en 1903 y falleció en São Paulo en 1970. Perteneció a una distinguida familia de origen tarifeño. En sus obras aparece a menudo el conflicto que brota de su propia situación existencial: una mujer joven, de clase alta, quiere sobrepasar las normas impuestas por su familia y llevar una vida diseñada estrictamente por sus anhelos de realización personal. Estenssoro chocó con la mentalidad patriarcal que regía entonces en Bolivia. Se distanció de su núcleo familiar y llevó a cabo una existencia similar a la del ámbito artístico, que estaba opuesto a los hábitos de la élite de entonces. Al mismo tiempo los gustos estéticos, los valores nor-

mativos y las costumbres cotidianas que ella apreció toda su vida, pertenecían claramente a las antiguas clases altas, cuya ética ella despreciaba. Ella vivió en esa ambivalencia entre la estimación y el desprecio de su clase, una ambivalencia que ha resultado muy fructífera para la creación literaria, pero destructiva para la conciencia interior de esas personas.

La producción literaria de María Virginia Estenssoro fue la siguiente: *El occiso* (La Paz 1937 y 1971), *Ego inutil* (1971), *Memorias de Villa Rosa* (1976), *Cuentos y otras páginas* (1988), *Criptograma del escándalo y la rosa. Fantasía biográfica de Lygia Freitas Valle* (1996).

Estableciendo un vínculo entre la creadora y la investigadora, uniendo a dos generaciones y dos tiempos distintos, resulta muy valiosa la investigación de Fátima Lazarte en torno a la obra *El occiso* porque, como Fátima explica, nos permite rastrear elementos filosóficos vinculados al psicoanálisis como el vacío del significante. Entrevistando a Fátima Lazarte comprendí que María Virginia Estenssoro fue una notable creadora y vanguardista porque desarrolló un discurso intimista muy distinto a la literatura realista que tuvo su auge en el contexto cultural de Estenssoro. Generacionalmente María Virginia perteneció a una vanguardia de creadores como Daniel Pérez Velasco, Claudio Cortés y Aquiles Munguía, autores que fueron aplastados por el monoculturalismo que implantó la Revolución Nacional de 1952. Por todo lo expuesto Estenssoro sufrió un doble estigma, como lo señala Lazarte: el ser mujer y haber renegado de su clase social.

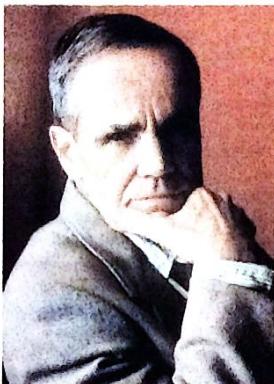
El Criptograma del escándalo y la rosa es la última novela elaborada por Estenssoro y publicada póstumamente por sus hijos Guido e Irene (1996). Esta obra es interesante porque toda la trama gira alrededor de la vida de una mujer que posee claramente las mismas características biográficas de la autora: pertenencia a la clase alta, ruptura traumática con la misma y vida posterior con un amante que no está a la altura de la protagonista pese a haber sido elegido libremente por ella. Esta persona (Lygia) estaba casada con un notable industrial brasileño con el que tuvo dos hijos. Pero él no satisface sus nuevas necesidades intelectuales y entonces ella decide romper el matrimonio y buscar libremente la felicidad. Esta búsqueda no terminó bien y ella se hundió en la pobreza, la desesperación y la inseguridad anímica. Podemos observar a una literata que rompe tabúes que no son reflexionados abiertamente hasta el día de hoy en nuestra sociedad y que causan un sufrimiento innecesario a los involucrados. Esto nos impulsa a comprender la compleja problemática humana existencial mediante la búsqueda y la construcción de la libertad femenina.



Literatura, cine y ciencia

¿Quiénes somos y cuál es nuestro sitio en el universo?

Conversación entre el escritor norteamericano Cormac McCarthy, el director, productor y actor alemán Werner Herzog y el físico estadunidense Lawrence Maxwell Krauss



Cormac McCarthy



Werner Herzog



Lawrence Maxwell Krauss

Lawrence Krauss: Para mí es evidente que tanto la ciencia como el arte plantean las mismas preguntas. Lo mejor que hace la ciencia es obligarnos a replantearnos nuestro lugar en el cosmos. De dónde venimos, quiénes somos, adónde vamos. Y esas son las mismas preguntas que aborda el arte, la literatura, la música. Cada vez que lees un libro maravilloso o ves una película estupenda, sales con una perspectiva distinta sobre ti mismo. Y demasiado a menudo me parece que olvidamos ese aspecto cultural de la ciencia.

Cormac McCarthy: A mí siempre me ha interesado la ciencia, particularmente la física. Mi hermano y yo solíamos acudir a las presentaciones que se realizaban en el Instituto para las Ciencias de Santa Fe. Me parece que es algo que ayuda, poder hablar de cosas factuales, en las que hay un acuerdo. Resulta difícil llegar a algún acuerdo en las artes. Cada vez que hay que dar un premio, por ejemplo, es realmente complicado llegar a un consenso sobre quién debería recibirlo. En literatura y en las artes visuales resulta francamente difícil. Pero si hablamos de una teoría física, mira tú, o es cierta o no lo es. Organizas un experimento, le dices a los demás lo que estás buscando y si lo encuentran está ahí y si no, no. Eso me gusta.

Lawrence Krauss: Me resulta fascinante oírte decir eso, porque supongo que, como seres humanos, nos encanta imaginar no sólo el mundo tal como es, sino el mundo como podría ser, la esperanza de mundos mejores. Y eso está muy bien, es importante, pero esa moneda tiene dos caras. Una es que tenemos que aceptar que el mundo en el que vivimos es lo que es, y si la gente reconociese que el mundo es como es, tanto si nos gusta como si no, creo que el modo en el que se comportan las personas cambiaría notablemente. Pero al mismo tiempo, creo que debemos reconocer también que en ocasiones el universo real es más fascinante de lo que podemos imaginar, y puede servir de acicate a nuestra imaginación, no sólo como científicos sino, sospecho, como artistas. Es otro buen motivo para mantenerse al día con algunas de las cosas fantásticas que están sucediendo en el mundo.

Werner Herzog: En mi caso, por ejemplo, una película como *Fitzcarraldo*, para la cual tuvimos que trasladar un enorme barco a través de una montaña en la jungla amazónica.

nica, tuvo su origen en Bretaña, en la costa noroccidental de Francia, donde uno encuentra dólmenes y menhires neolíticos, enormes construcciones de piedra erigidas por millares en fileras paralelas. Y estaba allí sentado intentando pensar cómo lo habría hecho yo si hubiera sido una persona del neolítico, sin maquinaria moderna, y se me acabó ocurriendo un método que en esencia fue el que utilicé para mover el barco por la montaña. Me había enfadado mucho porque un pseudocientífico había postulado que aquellas piedras eran tan pesadas que sólo antiguos astronautas de otros planetas podrían haberlas levantado, y pensé: "Menuda idiotez". Me irritó tanto que tuve que ponermel a idear un método. Y eso es lo que en última instancia me llevó a trasladar un barco por la selva.

Cormac McCarthy: Algunos de mis amigos probablemente te dirían que es difícil volverme más pesimista. Pero... no sé. Soy pesimista acerca de muchas cosas, pero no creo que deba uno vivir agobiado por ello. El hecho de que mi punto de vista sobre el futuro sea tan lígubre es en realidad reconfortante, porque así lo más probable es que me equivoque.

Werner Herzog: Yo creo que Cormac no se equivoca, porque resulta bastante evidente que el ser humano como especie desaparecerá en un periodo bastante breve. Cuando digo breve me refiero a dos mil o tres mil años, quizás treinta mil años, quizás trescientos mil, pero no mucho más, porque somos mucho más vulnerables que otras especies, a pesar de poseer cierto grado de inteligencia. No me pone nervioso el hecho de que relativamente pronto tendremos un planeta que no contiene seres humanos.

Lawrence Krauss: Es curioso que digas eso porque, como científico, oscilo entre ambas posturas. Hay días en los que me imagino un futuro tan crudo como el de *La carretera*, porque la humanidad como conjunto no ha demostrado demasiada inteligencia a la hora de apreciar el modo en el que su comportamiento afecta globalmente al planeta. Al mismo tiempo, estoy de acuerdo con Werner, pero no estoy tan seguro de que vayamos a desaparecer porque nos destruyamos nosotros mismos. Podríamos desaparecer por otras causas.

Werner Herzog: Yo tampoco estaba pensando en la autodestrucción. Podría pasar, por supuesto. Pero hay muchos otros sucesos imaginables que podrían aniquilarnos de manera instantánea.

Lawrence Krauss: Sin duda. Eso puede que sea inevita-

ble. Nos gusta imaginar que somos el pináculo de la evolución, pero yo lo dudo. De hecho me parece bastante evidente que, a largo plazo, los ordenadores, si seguimos desarrollándolos como especie, acabarán por adquirir conciencia y probablemente serán muy superiores a nosotros, por lo que la biología deberá de alguna manera adaptarse a ellos. Las películas siempre muestran a los ordenadores como los malos, pero no sé por qué debería ser el caso. Si adquieren conciencia no tendrían por qué ser peores que nosotros. Mi amigo Frank Wilczek siempre se pregunta si abordarían la física del mismo modo. Así que puede que desaparezcamos como especie simplemente por pasar a ser irrelevantes. Pero estoy de acuerdo con Werner y con Cormac, creo que no deberíamos deprimirnos porque el ser humano vaya a desaparecer, deberíamos estar encantados de estar aquí ahora mismo. No veo propósito alguno en el universo, pero eso no me deprime, simplemente significa que deberíamos aprovechar al máximo nuestro breve momento bajo el sol.

Werner Herzog: Nuestro lugar en el universo es éste de aquí. Es lo que tenemos y nada más. El resto es hostil. No podemos huir de nuestro planeta. Los demás planetas del sistema solar no son atrayentes. Y la siguiente estrella está a sólo cuatro años y medio luz, pero a nuestra velocidad máxima tardaríamos 110.000 años en llegar hasta allí. Cientos y cientos de generaciones que no sabrían ni adónde se dirigen. Durante el viaje habría incesto y locura y asesinatos. Y no podemos disolversemos en partículas de luz como en *Star Trek* y transportarnos a donde sea. Nuestro sitio es éste, éste es nuestro lugar, así que más nos vale cuidarlo. En ocasiones, por supuesto, uno se siente a disgusto. Es como lo que me pasó a mí trabajando en la selva: tras muchas penurias llegué a la conclusión de que, sí, muy a mi pesar, amo la selva.

Cormac McCarthy: Si analizas los clásicos de la literatura, están construidos en torno a la idea de la tragedia. Uno no aprende demasiado de las cosas buenas que le van sucediendo. Pero la tragedia está en el centro de la experiencia humana y es a lo que tenemos que enfrentarnos, es lo que hace que la vida sea difícil y es de lo que queremos aprender, es aquello a lo que queremos saber cómo enfrentarnos, porque es inevitable, no hay nada que podamos hacer para prevenirla. Así que, ¿cómo te enfrentas a ello? Y toda la literatura clásica habla de cosas que le suceden a individuos que habrían preferido no experimentarlas.

Ezra Pound, el fascismo y la épica

Pedro Luis Menéndez

Tal vez resulte imposible sustraerse a los sesgos con los que tenemos nuestras visiones de la realidad, y puede que además estemos satisfechos de que ocurra así, pues nos conforma sentirnos acogidos por otros seres humanos que piensan o sienten lo mismo que nosotros, hacernos piña, no sentirnos excluidos por disuadir al menos de quienes tenemos más cerca, en el sentido más amplio de ese *cerca*.

Resulta posible también que el sesgo ideológico sea más fuerte que otros, que arrastre más pulsiones tribales, que la noción de *enemigo* –por encima de la de *adversario*– haga despertar fantasmas arraigados desde el miedo más profundo a los otros, a los diferentes, a los ajenos. Por eso llenamos de ideología y de banderas y de lemas guerreros aspectos tan aparentemente nimios como el deporte, que refleja muy bien esas ansias de imponerse, de estar por encima, de despreciar, protegidos por el anónimo de la masa.

¿Ocurre también con la literatura? ¿Puede existir una creación escrita sin ideología, hasta si incluimos en ella los manuales de autoayuda? ¿Y una lectura? Porque no podemos negar que la lectura más inocente –aquella que nos absorba y nos sacaba del mundo cuando éramos niños– estaba contagiosa por el contraste con nuestra propia infancia. En mis años de lector apasionado de Enid Blyton, los pasteles de carne y las galletas de jengibre me parecían un exotismo que sobrepasaba con creces el pan con chocolate de mis meriendas, y las aventuras por la campiña (no se decía *campo*, se decía *campiña*) me sonaban a cosas de otro mundo. Lo eran.

La escritora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie cuenta lo siguiente en una charla TED ampliamente conocida: “Cuando comencé a escribir, a los siete años, [...] todos mis personajes eran blancos y de ojos azules, que jugaban en la nieve, comían manzanas y hablaban todo el rato sobre el clima: “qué bueno que el sol ha salido”. Esto a pesar de que vivía en Nigeria y nunca había salido de Nigeria, no teníamos nieve, comíamos mangos y nunca hablábamos sobre el clima porque no era necesario”.

¿El club de fans de García Márquez debe ser necesariamente marxista y el de Vargas Llosa no se sabe muy bien qué, según a quién consultemos? Como lectores, ¿somos capaces de ir más allá de nuestra cercanía o lejanía ideológica con nuestras lecturas? ¿Es bueno que lo seamos? Ya he contado en más de una ocasión cómo conozco (y mucho) a una profesora universitaria de literatura que se niega a leer a Vargas Llosa sólo por cuestiones ideológicas, tanto políticas como de género. Y en cuanto a la poesía, ¿sus lectores deben tener una determinada visión ética del mundo? ¿Desde qué perspectiva?

Todo esto viene a cuento por la reciente (y valiente) edición en la editorial Sexto Piso, y con traducción de Jan

de Jager, de los *Cantos* de Ezra Pound, la obra más ambiciosa de quien, a pesar de los lavados de cara de sus contemporáneos y alguno más reciente, abrazó el fascismo sin hacerle demasiados ascos. Su enfermedad mental, de la que siempre se ha dudado, ¿pudo ser real, roto Pound por sus propias contradicciones?

Si el poeta concibió una obra magna que diera sentido épico a nuestra contemporaneidad (“los canibales de Europa se están comiendo otra vez unos a otros”), ¿sería esta obra una épica del fascismo o una épica del propio siglo XX en su locura autodestructiva? Porque podría ocurrir que Pound no hiciera otra cosa más que desarrollar en sí mismo el fascismo que cada generación parece deseosa de aportar al mundo que le ha tocado vivir, con el anhelo suicida de aplastar cada paso adelante que la humanidad ha ido dando en pos de una mayor fraternidad, o al menos de una convivencia más llevadera.

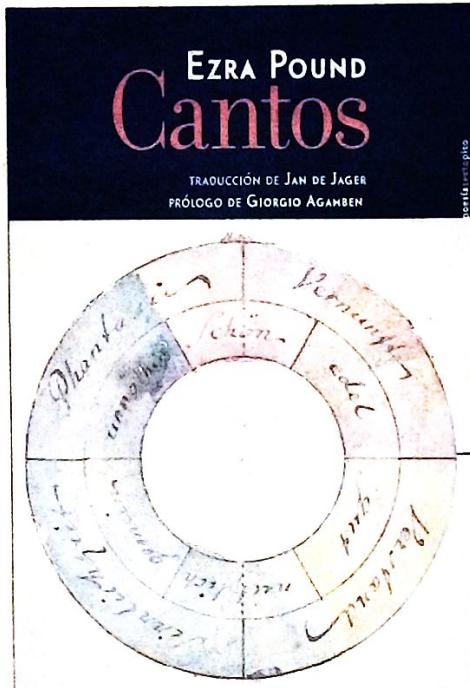
Si a estas alturas del siglo XXI –treinta años después de que otro poeta, Radovan Kardadžic, pudiera terminar de convencer a los más ingenuos de que la poesía no tiene entre sus atributos preservarnos del mal– nos acercamos a la obra de Ezra Pound sin demasiados prejuicios, encontraremos la cosmovisión de un hombre que no pudo o no quiso sustraerse al atractivo político de un antiguo socialista

revolucionario, periodista, profesor en algunos momentos de su vida y fundador del fascio, Benito Mussolini, y al tiempo el mismo hombre que revisó con Eliot la edición de *La tierra baldía*. El mismo hombre que fue un propagandista del Eje por las ondas de radio y del que Olga Rudge, la mujer con la que pasó el último decenio de su vida en Venecia una vez disuelto su matrimonio, y que años atrás le había dado su única hija, afirmó en una entrevista en el año 1985: “Ezra no se interesaba por la política. A él le gustaba la economía. Era un hombre justo y austero. Odiaba la usura, combatía el imperialismo económico de Estados Unidos, la política de los bancos”.

El mismo Ezra Pound que confesó en uno de sus *Cantos*:

He intentado escribir el Paraíso
No te muevas
Deja que hable el viento
que es el paraíso.
Que los Dioses perdonen
lo que hice.
Que los que amo
procuren perdonar
lo que hice.

Tomado de: El cuaderno



A

Alberto Guerra Gutiérrez

Alberto Guerra Gutiérrez. Oruro, 1930-2006. Académico de la Lengua, poeta, docente e investigador experto en folklore, etnografía y historia de las manifestaciones culturales de la región andina.

Entre sus obras poéticas más destacadas están: Gotas de luna (1955), Siete poemas de sangre o la historia de mi corazón (1964), Balada de los niños mineros (1970), Yo y la libertad en el exilio (1970), Manuel Fernández y el itinerario de la muerte (1982), Hálito que se desgarra en pos de la belleza (1989), Antología de poesía de amor, La poesía en Oruro (en coautoría con Edmundo Guzmán).

En ensayo: Antología del Carnaval de Oruro (1970), La picardía en el cancionero popular (1972), Estampas de la tradición de la ciudad (1974), El Tío de la Mina (1977), Pachamama (1988), Folklore boliviano (1990).



Hablo de la raíz, de la savia y el contenido

En mi casa, hay un árbol callado y resignado como toda esperanza; un hondo vacío de paciencia parece invadir su estructura de soledad y hastío.

En mi casa hay un árbol sumergido en la quietud del tiempo, soplo silencioso, parece estar dormido.

Cuando entré en la casa, él ya estaba resumiendo espacios para entregarme un salmo de luz y de alegría, como quien sirve en la plaza, migas de pan a las palomas, o alquila su patio a la esperanza.

Sería en otoño, cuando aún no había comprendido lo que significaba un árbol, que comencé a descubrirlo en su afán de tender alfombras a mi paso, alfombras que son hojas de su propia carne, hojas color de otoño como el sol, como la espiga.

Alfombras sobre la tierra donde están los caminos para el hombre y el arraigo profundo para el árbol.

Por las risueñas ventanas del alba, el árbol era ya mi alegría y de pronto lo vi desvelarse, altos y desnudos los brazos en actitud de protesta contra el frío, y conmovido me acerqué más a él para templar mi pecho en su madera. Lo vi más tarde amasar ternura vistiendo de verde sus tiernas ramas, iluminar el día de flores blancas, esta vez, para alumbrar mi primavera y comprendí todo, cuando el árbol prodigado ya en el dulce fruto, me señaló el verano de la dicha y el consuelo.



En mi casa hay un árbol sensitivo, al verlo, lo sentí mi hermano, cuando me acerqué a su savia desde su raíz hasta despertar en canto, no sabía que se trataba de un árbol y sin embargo, poblé de trinos su ramaje y lo sentí mi amigo mientras convertía su savia en fruto y en agua la esperanza.

El árbol cuando es amigo, ilumina sus caminos con sus líquidas lámparas de rocío, inunda el alma de claros manantiales, convierte la lluvia en pequeñas gotas de luz ambulante, resumida en raudo vuelo de luciérnagas, da sombra al caminante y se hace compañero.

Ni hermano, ni amigo, ni compañero, hay en la vida una raíz de algo que nos sostiene, un algo que colma de amor nuestros cántaros felices.

Este es el árbol que como una estrella, alumbría la noche de mi destino.

Yo estoy parado frente a él como detenido por el divino soplo que despierta el corazón a la caricia.

Por saber de urgencias y bloquea todos mis caminos con su ternura. No sabe de odios e inunda mi pecho de bondad en claras gotas de rocío. Quema mis latidos de felicidad con el fuego ardiente del amor en la dulce madera de su pecho.

¡Mi madre es este árbol! Mi madre es esta savia de amor, de luz y de ternura.

¡Mi madre es este árbol y está en el centro de mi casa...!

Presagio

Qué traerá el amor en su anunciada presencia de mágicos albedrío? Será un tren de hojas secas discurriendo en portátil andén de suspiros en fuga o el cansancio de los pañuelos agitados por mis manos despidiendo la ilusión de mis auroras sin esperas?

Será la ruta largamente tendida en la distancia buscando meridianos de luz, tardes en sombra o noches de azul espera en la nostalgia hecha de sonámbulos suspiros zambulléndose dulcemente en la espera,

donde tejen sus coronas mis auroras pensativas. Qué será del amor que se asoma sigiloso a los umbrales de mi puerta? Será tal vez la dicha, o la ausencia con la forma y el color de la esperanza?

La carta

Hugo Murillo Benich

Segunda y última parte

Nunca la había contemplado desde tan cerca y, ahora que ella pasa por mi lado, veo que sus facciones no se parecen en nada a la figura que estaba acostumbrado a ver de lejos. El cambio es muy notorio. Sus ojos, tan vivaces a cierta distancia, ya no tienen el brillo húmedo que tanto me atraía; vistos de cerca parecen dos abismos sin fondo, recorridos caprichosamente por un accidente de la naturaleza en un campo de nieve donde unos ralos matorrales crecen a modo de pestañas. Su frente se halla surcada por innumerables arrugas finas que ella vanamente ha tratado de ocultar con un maquillaje cuyo aroma recuerda a violetas marchitas o mal conservadas en alcohol durante mucho tiempo.

Consciente de las reacciones que me produce este examen, ella evita verme los ojos, baja su mirada fingiendo prestar atención a unas fisuras del piso y se dirige hacia un lado.

De súbito, cuando ella se está alejando con un movimiento pausado, una brisa se cuela por entre las rendijas de la ventaja y, barriendo el polvo silíceo acumulado en el marco y el pretil, me envuelve en una nube de partículas doradas, me despeina y se lanza contra ella para atenazarla caprichosamente. Sus cabellos permanecen verticales, inmóviles como alambres de plomo; pero su blusa se agita en convulsión desordenada; pequeñas ondas rectas se forman en el extremo inferior y, cuando la brisa comienza a disiparse, la blusa se comba, hundiéndose en una cavidad enorme que ocupa toda su espalda. La seda forma un tapiz que se acomoda a las concavidades de la parte delantera de su pecho, sigue las sinuosidades de sus costados y, junto con el resto de piel que le queda, forma una especie de cascarón que sostiene apenas por adelante a su grácil cuello y a sus hombros que cuelgan siguiendo un arco voluptuoso.

Cuando la brisa cesa por completo la blusa vuelve a ocupar su posición original y una espalda inexistente oculta el vacío causado seguramente por los estragos del mal.

Tan pronto como el café está servido, los tres nos sentamos de buen talante alrededor de una pequeña mesa. Yo hago circular la azucarera. El recuerda la última vez que nos reunimos con el mismo motivo y ella enmanteca unos panecillos algo enmocados y duros, pero de sabor agradable.

La conversación se hilvana, como de costumbre, centrándose en asuntos sin importancia. Yo dejo de escuchar, hipnotizado por nuestros reflejos en la cafetera que brilla como nunca, como si tuviera una luz interior. Nuestras imágenes parecen tener vida propia y se mueven con animación extraordinaria. Unos rostros extremadamente delgados, reducidos a finas líneas verticales y contraídos en contorsiones imperceptibles, se acomodan a la redondez de la superficie metálica. A veces se aproximan para observarnos de cerca y sus ojos se desorbitan transformándose en apéndices tan grandes, que parecen gusanos blancos tratando de romper la barrera que nos separa. Sus contorsiones son repulsivas y atractivas a la vez. Pero mi aversión vence, y estoy a punto de derribar la mesa y desparaparar por el suelo todo lo que está sobre ella; mas mi impulso se disipa cuando las cabezas retroceden a sus posiciones originales. Una



mano diminuta, que estaba recogida sobre sí misma en un ángulo de la mesa, se repliega en sinuoso ademán y luego se adelanta hasta adquirir proporciones desmesuradas. Dedos que no guardan ninguna relación de tamaño con el resto del cuerpo se mueven ágilmente a pesar de su gigantismo y levantan un objeto dorado. La mano vuelve a su tamaño inicial y el objeto se mueve disolviéndose en un óvalo de contornos vagos.

En este mismo momento se oye un estrépito ensordecedor seguido de gritos que no parecen salir de gargantas humanas. Me agrada imaginar que el edificio integro sufre otra de sus conmociones y que los acontecimientos sobrevenidos durante el último hundimiento volverán a repetirse dentro de unos instantes. Aguza mis oídos con la esperanza de escuchar el resquebrajamiento de paredes y pilares, el ahondarse de las grietas actualmente existentes y los ruidos que provienen del subsuelo... Caerán del techo pesadas nubes de polvo, la gente cruzará con velocidad vertiginosa mi cuarto que se desploma, en el piso se abrirán fosas descomunales y a través de ellas veremos un espacio erizado de tinieblas; algunos se precipitarán al abismo, y aun cuando lleguen al suelo donde permanecen intactos los escombros a cum la dos durante años, creerán que su caída continúa.

Únicamente mi escritorio y la carta permanecerán inmóviles. Sólo

entonces me levantaré con lentitud deliberada...

Se diría que mis visitantes esperaban este ruido como una señal para partir. Las dos imágenes hacen grandes movimientos. Sus cabezas se alejan a alturas increíbles y aparecen dos estómagos dilatados y a punto de estallar. Las manos que cuelgan a los lados se retuercen con torpeza. Y,

como si estuviera yo escuchando a través de un sueño del que no puedo despertarme, percibo algo parecido a una despedida.

Quisiera acompañarles hasta la puerta, imitando los ademanes que hacen los personajes distinguídos; quisiera estrecharles las manos y decirles que su compañía ha sido para mí un remanso pleno de alegría y satisfacción. Pero un letargo profundo se ha apoderado de mi cuerpo. La tercera imagen, la única que se ha quedado paralizada, me contempla desde las profundidades de una estructura impenetrable; y mis manos, casi en contacto con aquellas otras que se asoman con una perspectiva inconcebible, permanecen yertas y frías.

Al fin, después de una eternidad en la que me debato entre la postración absoluta y un agradable adormecimiento, las otras dos imágenes desconcertadas por mi catalepsia, se alejan titubeando, se desdoblan en cuatro figuras, giran en torno a un punto brillante,

se reúnen en un toque difuminado y desaparecen sigilosamente.

En los espacios desocupados han surgido de improviso otras imágenes tan inesperadas que mi atención se concentra muy pronto en ella, sobre todo en la de la izquierda, donde la complejidad y el colorido son magníficos. Por momentos no sé si podré apreciarla en su exacto significado, pues ella no corresponde a nada de lo que se encuentra dentro de mi cuarto. Únicamente después de hacer un gran esfuerzo, apelando a mi perspicacia y a los recuerdos que se imbrican desordenadamente en lo más profundo de mi frágil memoria, acabo de descubrir la correcta interpretación que debe darse a aquellas figuras casi microscópicas que se muestran allá donde antes se encontraba el reflejo de una persona. Se trata simplemente de la escena exterior que se ve desde mi ventana. Y esto gracias a un fenómeno óptico producido por las planchas metálicas relucientes que fueron colocadas a manera de ciclo raso para reforzar el techo de mi habitación, ya que este amenazaba caerse como secuela del anterior desastre. Desde luego –y esto aumenta la confusión– la escena está varias veces distorsionada por los reflejos sucesivos: el caballo, que se ha hinchado por el calor, tiende a elevarse como un globo inflado con algún gas ligero y, al no poder liberarse de la cuerda, se mueve atrapado en una trayectoria compuesta por pequeños óvalos deformes. Las mujeres que lo atan y los hombres que sujetan la cuerda, moviéndose con intermitencia y en forma desordenada, parecen insectos atrapados en el interior de una bóveda irregular de cuyas salientes cuelgan nidos de seda y fragmentos de objetos diversos que de una manera u otra se han adherido a la seda. El cielo semeja un charco verdoso donde flotan plantas afectadas por hongos espumosos. Los pájaros, que de cuando en cuando surcan los aires en vuelo rudo y silencioso, parecen ninjas nadando presurosos en busca de presas indefensas. En el límite entre la bóveda y las aguas, el incendio se ha extendido de un extremo a otro y se ha transformado en una hilera de flores rojas cuyos tallos negruzcos se agitan suavemente y se pierden en las profundidades de las aguas.

Al ver todo esto una profunda melancolía invade mi ser. Y para mitigarla desvío mi mirada concentrándome en el otro reflejo: en una atmósfera bañada por luces inciertas un cuadrilátero blando de forma romboidal está flotando en perfecto equilibrio sobre dos vértices opuestos. Uno de ellos está situado tan lejos, que sus lados concurrentes son casi paralelos; el otro, el que reúne a dos lados gigantes, se prolonga en un hilo luminoso, penetra en mi imagen y la corta en dos mitades asimétricas...

Hugo Murillo Benich. Oruro, 1941. Ingeniero, pintor y poeta. Precursor de la narrativa fantástica en Bolivia.





La rebelión de Oruro

*Fragmento de la novela "El 10 de Febrero" por el escritor, docente e historiador Marcos Beltrán Ávila
(Oruro, 1881 - Cochabamba, 1977)*

Don Jacinto Rodríguez, montado en su caballo recorría todos los ingenios cercanos al suyo, reclutando gente sin distinción de ninguna clase e incitándola a sublevarse. Formaban un total de doscientas plazas que se habían decidido a pelear contra las autoridades. Sin embargo, unos se ocultaban, otros huyan, porque sabían lo que era estar en contra de las autoridades establecidas.

Los doscientos hombres que Rodríguez había podido reunir, formaban un batallón, conjunto de mestizos, negros e indios armados todos indistintamente de hondas, garrotes, algunas escopetas, lanzas y cuchillos.

Rodríguez daba órdenes a sus oficiales, en tanto que la gente se ocupaba de comer y beber a sus expensas. Eran las seis de la tarde.

A esta misma hora se reunieron algunos españoles en la casa de Endeyza.

Durante el día celebraron consejo todos estos acaudalados y resolvieron juntar sus tesoros y defenderlos mientras hubiese una ocasión para huir a Potosí.

Efectivamente, la casa de Endeyza era una casa fortaleza y a propósito para hacer una defensa en grande.

Era de dos pisos y con tres frentes, uno de ellos daba a la plaza del Regocijo donde se corría a los toros. El piso bajo contenía salones espaciosos ocupados con mercaderías y en una de estas secciones estaba la tienda de comercio de Endeyza cuya puerta era fornida. La puerta de calle, bien segura y guarneida con fierros, era difícil flanquearla. El piso de arriba estaba ocupado por más de cuarenta españoles, uno de los salones era la sala de armas que ellos habían formado. A las seis de la tarde de aquel día se ocupaban algunos españoles de fortificar mejor la casa.

La noche se aproximaba, los vecinos se preguntaban unos a otros qué es lo que sucedía, unos decían: -Los indios van a saquear el pueblo; otros: -¡Van a cambiar a las autoridades sublevándose? -¿Quién será el corregidor? -¿Quién será el cabecilla? -preguntaban-. Es don Sebastián Pagador, explicó uno. -¡No habéis sabido lo que ha dicho en la plaza ayer y hoy? -Sí, lo saben-



mos bien. -Ese hombre me gusta. -Es un valiente, comentaban.

Con todo, los vecinos apostados en sus puertas de calle, demostraban inquietud: mientras unos caminaban preocupados y otros corrían en distintas direcciones. En este estado de ánimo se oyó una algaraza y los putitos que hacían un ruido lúgubre y aterrador.

Todos gritaban ¡Los indios! ¡Los indios! -y aseguraban las puertas unos, y otros salían a las esquinas, y por todas partes se veían remolinos de gentes aterrorizadas. Todos creían que los indios invadían la Villa.

Se oía el clamor más cercano; en esto sonó la campana de la iglesia Matriz que tocaba a rebato; los policiales en vano trataron de saber quién había tocado; fue imposible.

Al tañido de la campana se vio por las calles hombres que caminaban a toda prisa encapotados, con sombreros de alas anchas y cada uno llevaba un arma debajo de la capa.

En la plaza todos los gendarmes se colocaron en sus puestos a la voz de sus capitaines y oficiales.

El ruido de los putitos de los indios se oía por dos extremos opuestos de la Villa, entonces aumentó el espanto.

Las madres figuraban ver ya a sus hijos en manos de los indios; las esposas a sus esposos; todo un cuadro aterrador les presentaba su imaginación y cada uno sentía los dolores del martirio recibidos de manos de los indios; todo era confusión, sollozos y llanto en los hogares. Las madres abrazaban

a sus hijos, a los seres queridos y se llamaban unos a otros para echarse en brazos y llorar angustiados, demostrando sus semblantes, el terror que sufrían sus espíritus.

La mayor parte de las calles alejadas del centro quedaron silenciosas; una que otra cabeza sobresalía de las ventanas; solo los perros aullaban.

No había tal invasión de indios, eran intervenciones que intencionalmente se dieron a circular desde la mañana de aquel día.

Los que entraban a la Villa eran los de la mina e ingenio de los Rodríguez en son de ataque a órdenes de Pagador y Jacinto Rodríguez.

Iban las calles en hileras. Tomaron dos

vías para tomar la plaza y distinguidos que fueron los asaltantes, se prepararon los otros a la defensa. Al mismo tiempo, Pagador ordenaba a los suyos a ponerse en columnas cerradas y echarse al asalto. Toda la gente formó una masa compacta y gritando se abalanzó sobre los de la plaza, cuando Rodríguez con los otros, hacía esto mismo por otra calle.

En este estado, la esquina por donde embistió Rodríguez, había sido abandonada por los acuartelados que eran de la compañía de Manuel Serrano y dejaron el paso libre gritando: ¡Mueran chapetones! Poniéndose de parte del pueblo.

Donde comandaba Pagador, si bien resistieron el primer empuje, cedieron, casi inmediatamente, de oír a sus espaldas gritos de: ¡Mueran los chapetones!

Desde ese momento todos los soldados se pusieron a favor de los sublevados y el espanto era indescriptible. Los muertos, los vivos, los quejidos de algunos heridos, los gritos de personas que eran pisoteadas y los silbidos, resonaban por doquier junto con los sollozos y el llanto de las mujeres que llamaban a gritos a los suyos y los lloraban con voz angustiada y las campanas que envalentonaban con sus sones; producía, todo aquello, un caos indescriptible.

Todos gritaban: ¡Mueran chapetones! ¡Muera el Corregidor!

Los españoles que defendían la plaza siendo ya inútiles sus esfuerzos, huyeron en todas direcciones confundiéndose con el pueblo que aumentó extraordinariamente con la chusma.

Las indagaciones de Marcos Beltrán Ávila sobre los sucesos de febrero de 1781, le inspiraron la novela histórica *El 10 de febrero*, obra que obedeció al propósito de llegar al pueblo con la noticia de los sucesos sangrientos acontecidos en el pasado de la Villa de San Felipe de Austria (Oruro).

La obra de Beltrán Ávila siempre estuvo precedida por su probidad e independencia de criterio, y sus investigaciones condujeron a nuevas reflexiones sobre la historia patria. Una de las que desató más controversias fue *El Tabú bolívarista* (1960) donde, con valiosos elementos de juicio, concluye en que Bolívar fue un opositor a la independencia del Alto Perú, porque a la creación de pequeñas naciones, oponía las grandes.

Entre otras de sus obras, destacan la novela *Botón de rosa* (1912) y los ensayos *Historia del Alto Perú en 1810* (1917), *Ensayos de crítica histórica. Al margen de algunos libros bolivianos* (1924), *Capítulos de la Historia Colonial de Oruro* (1925), *La tormenta en el jardín de Epicuro* (1941) y, *La pequeña gran logia que independizó a Bolivia* (1948).

Fuente: "Letras orureñas. Autores y antología" (C. Condarcó, B. Chávez y M. Zelaya) - Fundación Cultural ZOFRO y Plural Editores, 2016